

# **“Aunque alguna vez pregunté, nadie dijo nada”... Relatos de infancia de personas adultas “adoptadas” que buscan conocer sus orígenes.**

Soledad Gesteira.

Cita:

Soledad Gesteira (2015). *“Aunque alguna vez pregunté, nadie dijo nada”... Relatos de infancia de personas adultas “adoptadas” que buscan conocer sus orígenes. 4tas Jornadas de Estudios sobre la Infancia, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/4jornadasinfancia/41>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eZep/Zye>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

**“Aunque alguna vez pregunté, nadie dijo nada”...  
Relatos de infancia de personas adultas “adoptadas” que buscan conocer sus orígenes**

Soledad Gesteira  
(ICA-FFyL-UBA/Conicet)

**Introducción**

Desde el 2010 realizo una investigación de corte etnográfico en lo que he denominado el *campo de la búsqueda de los orígenes*. En este campo (Bourdieu, 1999), que tiene una constitución relativamente reciente, confluyen una diversidad de actores tales como ONG de personas que buscan sus orígenes, algunas oficinas del Estado, activistas que no participan de ninguna ONG –que se autodenominan “afectados independientes”-, madres que buscan a sus hijos entregados en adopción o robados al nacer, instituciones diversas que están relacionadas con la temática (juzgados, hospitales, etc.) y las redes sociales virtuales (centralmente facebook) como un escenario central para las búsquedas de origen.<sup>1</sup>

Llevar adelante esta investigación supuso realizar observaciones en reuniones de una ONG de personas que buscan sus orígenes; en el debate, discusión y redacción de un proyecto de ley<sup>2</sup>, en eventos de difusión de la problemática, y también realizar entrevistas en profundidad a personas que buscan sus orígenes.

El trabajo de campo con estas personas “adoptadas”<sup>3</sup> me llevó a preguntarme por una variedad de cuestiones relativas a los sentidos asociados al parentesco, la familia, los sentimientos y las emociones que emergen en estas búsquedas, el activismo por el acceso a derechos que estas personas llevan adelante, entre otras. Analizar las *narrativas de búsqueda* de estas personas me permitió comprender cómo explican y fundamentan sus búsquedas al

---

<sup>1</sup> Es importante señalar que, tal como advierte Bourdieu (1999), la formación de los campos solo es posible a partir de los sujetos que lo conforman, en tanto agentes activos y actuantes que poseen las características para producir efectos sobre él. Las fronteras de este campo son porosas, ya que dependiendo del momento histórico en que se lo mire algunos actores adquieren más relevancia que otros. Sin embargo, son quienes buscan sus orígenes, devenidos en activistas por la identidad de origen y biológica, los sujetos que permanecen en este campo procurando darle visibilidad a su “problemática”.

<sup>2</sup> Durante el año 2013 el Consejo Económico y Social –órgano colegiado, no estatal, de carácter consultivo y autárquico del ámbito de la Ciudad de Buenos Aires-, convocó a diferentes asociaciones civiles y grupos virtuales que reúnen a personas que quieren conocer sus orígenes, y también a afectados particulares. Todos ellos fueron convocados a formar una Mesa de Trabajo para debatir y redactar un proyecto de ley que ampare a quienes buscan sus parientes biológicos, ya sea hijos que buscan a padres, madres que buscan a hijos, o hermanos que buscan hermanos. Como indique con anterioridad “afectados independientes” es el término con el que se autodenominan aquellas personas que buscan sus orígenes biológicos y participan activamente en la motorización del proyecto de ley, pero que no forman parte de ninguna asociación o grupo virtual.

<sup>3</sup> Utilizo las comillas para expresar una salvedad, que así explican estas personas, “muchos de nosotros fuimos adoptados entre comillas, porque no hubo ningún trámite legal, nos anotaron como hijos propios”.

tiempo que las dotan de sentido. En ellas se expresan sentimientos asociados a la soledad, el dolor y el vacío por “no saber”. Asimismo, en estas narrativas de búsqueda elaboradas por adultos que han sido adoptados, la infancia se configura como un espacio-tiempo en donde la incertidumbre sobre los orígenes comienza a manifestarse de muy diversas maneras; cuestionamientos, dudas, preguntas directas e indirectas, inquietudes sobre temas relativos a la identidad y/o adopción, sensaciones y expresiones de deseo que hoy, los adultos adoptados, interpretan como sugestivas.

En referencia a la duda sobre la relación biológica con sus padres de crianza, todos refieren expresiones tales como: “lo sentís desde siempre”, “las sospechas las tuve en el corazón. Las tuve toda la vida”, “es como que lo sabés y no entendés bien qué pasa”, “uno se daba cuenta que algo no estaba bien”, “desde chiquito hay algo que no cierra, es como que sos sapo de otro pozo”.

Si bien estas personas señalan que “siempre lo sintieron” también afirman que no resultó fácil formular la pregunta a los padres de crianza, y en la mayoría de los casos tampoco fue sencillo que sus “padres” les dijeran “la verdad”.

En este trabajo me basaré en el corpus documental (entrevistas y observaciones) del trabajo de campo realizado desde 2010 hasta la actualidad. A partir de una serie de entrevistas en profundidad que mantuve con adultos adoptados que hoy buscan su “identidad biológica”, me propongo indagar las representaciones que estos adultos elaboran sobre su infancia, prestando atención a los sentidos otorgados a la adopción, los orígenes y la identidad. La indagación sobre estos relatos de infancia, esto es sobre las rememoraciones y narrativas que estas personas construyen sobre las vivencias de su infancia, abren una vía para explorar los sentidos usualmente asociados a la familia, el parentesco, la maternidad y la adopción en los años 1960 y 1970, esto es en la época en que fueron niños/as. Así, el análisis de estos relatos y el de otras fuentes documentales, permitirá conocer y comprender cómo era gestionada y administrada la “cuestión de los orígenes” cuando se adoptaba a un niño, o bien cuando se lo inscribía –ilegalmente- como si fuera hijo biológico. Desde la perspectiva de estos adultos han sido el secreto, la mentira y el ocultamiento los recursos que sus familias de crianza utilizaron para no develar el status no biológico de la relación. Lo cierto es que “en aquel tiempo” - tanto desde el sentido común como desde algunos saberes expertos- circulaban nociones e ideas que sostenían que “no era conveniente” para los niños saber “de dónde venían”, hecho que puede ubicarse en estos relatos de infancia de adultos adoptados.

A continuación describo dos casos de adultos adoptados que están buscando –tal como ellos indican- sus orígenes biológicos focalizando en sus recuerdos y narrativas sobre las vivencias de sus infancias.

Los casos refieren a las historias de Eliana y Joaquín, nacidos entre 1960 y 1970 e inscriptos falsamente como hijos biológicos, a ambos los conocí en el marco del trabajo de campo que desarrollé, durante 2013 y 2014, en las reuniones multiactorales de debate y redacción de un proyecto de ley sobre identidad biológica y de origen<sup>4</sup>. Ambos son activistas y militan por el tratamiento de este proyecto de ley pero no pertenecen a ninguna ONG, como ellos señalan son “afectados independientes”. Asimismo, a lo largo del texto retomaré fragmentos de otras entrevistas con adultos adoptados (Mariela, Sofía y Aldana) y notas de campo realizadas en una ONG de personas que buscan sus orígenes.

## **Eliana**

Viste que cuando uno es chiquito quiere ser bombero o policía, bueno, yo quería tener un hogar de huérfanos. Hoy lo pienso y no lo puedo creer...  
(Entrevista a Eliana, 10 de enero de 2015)

Eliana fue anotada el 18 de noviembre de 1969 y fue prematura, pesó tan solo 1,700kg. Fue única hija, su padre de crianza, ya fallecido, era bancario y su mamá tenía una agencia marítima. Su partida de nacimiento dice que fue un parto en domicilio en Tigre, lugar donde vive hasta hoy y en donde transcurre nuestro encuentro. Tuvieron que pasar 42 años para que Eliana supiera la verdad –que siempre sospeché- y que fue confirmada por una tía. Asimismo, para hablar con sus padres sobre “la verdad” Eliana diseñó una ingeniosa estrategia: “busqué en internet cómo es un certificado de ADN, las terminologías genéticas que se usan y me hice un certificado de ADN, busqué un membrete de un laboratorio, busqué el nombre de un médico, hice como que era un sello del médico, con matrícula, con todo y Juanjo [su pareja] hizo un garabato como que estaba firmado”. Ese certificado, falso, fue el que le dio a su

---

<sup>4</sup> El proyecto de ley denominado “Derecho a conocer la identidad de Origen y Biológica” cuenta entre sus puntos centrales con la creación del Instituto para la Identidad de Origen y Biológica que tiene como fin el asesoramiento gratuito a todas las personas que quieran iniciar una búsqueda de origen; si fuera necesario la gratuidad de las pruebas genéticas y del patrocinio jurídico, la conservación y archivo de la documentación del Instituto, entre otras cuestiones. El proyecto fue presentado el 13 de mayo de 2014 en la Cámara de Diputados firmado por los diputados: Margarita Stolbizer (Pertenece al bloque GEN), Omar Duclos (Bloque GEN), María Virginia Linares (Bloque GEN), Hermes Binner (Bloque Partido Socialista), Victoria Donda Pérez (Bloque Libres del Sur), Elida Rasino (Bloque Partido Socialista). Disponible en: <http://www.diputados.gov.ar/proyectos/proyecto.jsp?id=163134>

madre de crianza acompañado de la frase: “ya sé la verdad, ustedes no son mis padres”. Eliana me dirá “mi mamá con 84, se leyó todo el certificado, de la primera a la última letra y se puso a llorar, eso fue fuerte, porque yo también me puse a llorar con ella, y ella me dice “no, pero vos sos mía, vos sos mía, porque eras tan chiquitita”.

Eliana es maestra jardinera, tiene una hija –Celeste- de su primer matrimonio, está divorciada y está en pareja hace 9 años con Juanjo. En la actualidad se dedica a atender un hospedaje turístico que tiene en la zona céntrica del Tigre.

Durante la entrevista me dirá que “siempre lo supo”, pero que recién a los 12 años lo pudo poner en palabras y “empezar a ver más cosas que cuando sos chiquito no ves”. Igualmente antes de preguntarlo directamente ella me cuenta que la diferencia física entre su familia y ella era una constante que hacía resurgir la duda. Ella es alta y sus padres de crianza son muy bajos, el apodo de su madre es “La Petisa”. La duda que provocaba esa diferencia física se disipaba cada vez que Eliana preguntaba y le respondían: “no, te pareces al abuelo que era boxeador”. Su abuelo paterno fue un reconocido boxeador argentino, que ganó medallas y torneos internacionales y sus padres siempre recurrían “al abuelo boxeador” cuando Eliana no comprendía por qué ella era alta y sus padres no, “entonces, cuando era chica decía ‘bueno, puede ser’ y me quedaba con eso”.

Hay una frase que Eliana repite durante nuestra entrevista: “cuando era chiquita sentía como que yo no... encajaba, no estaba donde tenía que estar, esa era la palabra, no era tanto el encajar, era que no estaba donde tenía que estar, es la sensación que yo tuve siempre, ahora puedo decirlo así, pero antes no entendía, más cuando sos chico, qué sé yo, pero había cosas, desde los gustos, yo decía ¿a quién salí yo?, pero era una pregunta que quedaba en el aire. A vos cuando te dicen algo, que sos chico, es así, te lo crees, no te lo cuestionas, te lo crees. Yo lo preguntaba, me respondían y pasaba, y así hasta la próxima vez que surja. Yo no lo pregunté una vez, lo pregunté un montón de veces, como que me quedaba tranquila y volvía la duda y volvía a aparecer la pregunta y así. Lo físico era importante porque yo nada que ver con mis viejos. Lo físico, el no tener fotos de ella embarazada.”. Ante las preguntas que Eliana con 12 años hacía repetidas veces, su madre también repetía “qué de donde había sacado eso, que era una locura”, por eso me dirá: “aunque alguna vez pregunté, nadie dijo nada”.

Eliana me cuenta que su padre fue muy violento física y verbalmente con ella, y que esto ha sido una fuerte marca en su vida, sobre esto recuerda “era una época donde te retaban y mi viejo me pegaba con la ojota, con el mata moscas, con el cinturón, ahora no se te ocurriría

pegarle a una criatura con un cinturón, cuando yo era chica sí, las cosas eran no porque no, porque lo digo yo, a mi eso siempre me reventó”. Señala un cambio entre antes y ahora en la forma de tramitar la crianza de niños y lo vincula con la propia crianza de su hija Celeste, que nació cuando ella tenía 21 años.

Se recuerda como una niña muy introvertida y sobre ello me cuenta una anécdota elocuente “en un cumpleaños me acuerdo, vinieron todos los compañeros de grado, y al otro día estábamos en el grado y un compañero a la maestra le dice ‘seño, seño, Eliana habla’ (*se ríe*) y eso me quedó, claro, mirá que introvertida sería que ni se me escuchaba”.

Sobre la duda, que Eliana sentía y manifestaba de distintas formas, me dirá: “Aparte porque sentís eso, por qué la duda, porque son sensaciones, entonces es muy difícil encontrarle una respuesta a una sensación, la explicación a una sensación, sobre todo esta, ¿no? por ahí otra sí, pero esta... Cuando sos chico no lo entendés, en mi primera infancia era preguntarme “no soy parecida”...lo preguntaba inocentemente, ellos me decían, las primeras veces que empecé a preguntar y uno cree, ellos me decían esto y yo creía, lo que me decían lo creía, ‘que no, que de donde había sacado eso de que era adoptada, si yo era parecida a mi papá, en el carácter, que era alta como mi abuelo’, esas cosas”.

Lo sugestivo del caso de Eliana es que en su familia también hay otras personas en la misma situación: “Yo te voy a decir algo, la familia más cercana, hijos de primos de mi mamá, primos segundos, dos de ellos son adoptados como yo, de los cuales uno lo sabe y el otro al día de hoy no, mi prima no sabe que también es adoptada, bah, apropiada. Pero yo esto lo supe de grande. No se hablaba en la familia, ninguno sabía nada. Somos cuatro primos de parte de mi mamá, tres somos así”. Si bien en la familia no se hablaba del tema, había tres niños que habían sido anotados como hijos biológicos cuando no lo eran y varios integrantes de la familia guardaban el secreto, algunos más y otros menos conformes sobre si era “lo mejor para Eliana”, pero nadie se atrevió a develarlo hasta esa tía que luego de confirmarle la verdad rompió en llanto “la tuve que consolar yo a ella”, recuerda Eliana.

Sobre el ocultamiento reiterado del status adoptivo reflexiona: “No, porque no es como ahora, antes si había chicos adoptados estaban todos en las mismas condiciones y nadie sabía nada, la realidad es así, después con los años se empezó a hacer más visible, esto de decirle la verdad, bueno, con todas las líneas psicológicas, pero sino generalmente a los chicos se les ocultaba eso. Yo pienso que mis viejos no se lo preguntaron demasiado, no se lo plantearon mucho, era lo que se hacía, se ocultaba y chau. Entonces no, en la escuela ese tema no aparecía nunca, nada, nada, nada”.

En el relato que construye sobre su infancia, Eliana va hacia el pasado y vuelve al presente, y realiza contrapuntos entre cómo eran las cosas antes y cómo son ahora. “Hoy la cuestión de la adopción, de la identidad está en la escuela, en los niños, pero antes no! antes no estaba, por lo menos en mi infancia no estuvo. Además porque se ocultaba, todo tiene que ver con todo, al ocultarse, si se ocultaba en la familia se ocultaba en todas partes, estaba pero no se hablaba, no se veía, de eso no”.

Tal como lo señala Eliana y casi todas las personas que entrevisté, las formas en que los padres de crianza administraban la “cuestión de los orígenes” de sus “hijos” se caracterizaban por ocultamiento hacia el niño y en ocasiones al resto de la familia. Mis entrevistados coinciden en que estas formas responden a un clima de época, a algo que se creía que era “lo mejor”. Sobre la responsabilidad hacia sus padres ella dirá “Ellos hicieron lo que pudieron con las herramientas que tenían, cuando digo herramientas me refiero a educación, a historia, a circunstancias de vida, a momento histórico, a todo. Como tampoco juzgaría hoy por hoy a mi mamá biológica si la tuviera adelante, le daría las gracias por haberme tenido, porque todos sabemos que podría no haberlo hecho”. Cuando fantasea con el encuentro con su madre biológica aparece la cuestión de verse parecida, reflejada en alguien: “lo que más quiero y sueño es poder verla, porque esto de no tener el espejo este donde vos te ves parecido a alguien es muy fuerte. Yo me acuerdo en el jardín cuando venían a anotar a un nene, y yo veía que el bebe se parecía a la mamá o al papá, yo me ponía a llorar, me encanta ver cuando un bebé se parece a los papás! Me gustaría verla y saber, encontrarme parecida, porque nosotros tenemos a nuestros hijos y nadie más”.

Hacia finales del 2014 Eliana pudo hacerse un análisis de ADN (ahora de verdad) con su madre de crianza, al cual accedió sin inconvenientes, ella pondera este gesto positivamente “fue lindo, porque la sensación que a mí me quedó, fue que ahora la siento más mamá con el ADN que me dice que no lo es, que cuando pensaba que era... Porque si vos adoptas un hijo, ese sentimiento de padre supuestamente (*dibuja comillas en el aire*) lo tenés que tener, entonces primero está el bien de tu hijo antes que el tuyo, entonces por qué vas a mentirle. Y eso es lo que yo trato de transmitir, no se dan cuenta de eso, los miedos que tienen son totalmente infundados, porque ese hijo te va a querer mucho más si lo ayudas a saber la verdad, a descubrir su origen que si pones palos en la rueda”.

A partir de las cosas que sus padres de crianza le contaron a Eliana y de lo que pudo investigar, ella sabe que su madre biológica era una chica “bien” que se atendió en la clínica Bazterrica, que el médico –fallecido hace diez años- que fue el intermediario trabajaba allí, y

era amigo de la infancia de su padre de crianza y ginecólogo de su madre. No obtuvo muchos más datos, sin embargo tiene esperanzas de que con la existencia de una ley –de la cual es una fuerte activista- pueda saber más acerca de su historia de nacimiento y se generen las condiciones para que todas las personas que quieran conocer sus orígenes cuenten con un espacio institucional a dónde acudir.

## **Joaquín**

“Me quisieron como un objeto”  
(Entrevista a Joaquín, 16 de enero de 2015)

Joaquín no sabe con exactitud qué día nació, la fecha que figura en su partida de nacimiento es el día de cumpleaños de su padre de crianza, el 20 de noviembre de 1971. Bromeando dice que habrá sido para ahorrar y festejar un solo cumpleaños. Es hijo único, su infancia transcurrió en Lanús en donde vivían varios familiares en el mismo terreno, de modo que tenía mucho contacto con primos y tíos.

Hoy en día Joaquín trabaja en Logística, hace diez años que se dedica a este rubro y hace poco comenzó a estudiar la licenciatura en Planificación Logística en la Universidad Nacional de Lanús. Está separado y tiene un hijo de su primer matrimonio.

Según me cuenta, el matrimonio de sus padres venía mal hace tiempo y su madre no podía quedar embarazada e insistía mucho con tener un hijo. Su madrina, cuñada de su padre, que era jueza de paz en el registro civil de Lanús, y un médico conocido de la familia –que firmó la partida de nacimiento diciendo que fue un parto en domicilio- fueron quienes se encargaron de “traer” a Joaquín. Él dice que: “insistieron, insistieron, hasta que bueno, no sé si me compraron, hay gente que dice que me compró, gente que dice que no, que me dieron, la cuestión es que nadie se acuerda bien, tienen detalles básicos de cómo estaba vestido pero no saben quién me entrego, ni tampoco saben dónde fue”.

La infancia de Joaquín transcurrió en el seno de una familia con serias dificultades vinculares, en donde los episodios de violencia y las discusiones eran permanentes. Durante la entrevista me dice en varias oportunidades que toda la familia sabía lo que pasaba, es decir que él no era hijo biológico de sus padres: “todos sabían perfectamente que yo era adoptado y todo, había un pacto de silencio general, siempre me sentí sapo de otro pozo... al principio obviamente, como todos, necesitas el cariño de alguien y obviamente aceptas todo, pero después cuando vas creciendo te das cuenta”.



Se recuerda como un niño muy introvertido, muy encerrado en sí mismo, cuando me habla de sus dudas refiere a la cuestión de los parecidos y también a sentirse como en una película: “El no parecido lo ubico desde chiquito, esto de que no me parezco a nadie. Cuando planteaba el tema de si era adoptado siempre fue la negativa permanente, la primera vez que lo planteé, hice el comentario y quedó ahí, fue a ella [madre de crianza] y me dijo ‘cómo decís eso?!?!’ o me hablaban de un abuelo mío que ya falleció y que había pocas fotos, en blanco y negro ‘no, pero tenés parecido al abuelo’ y eso me frenaba. También preguntaba por qué no había fotos de mi mamá embarazada... Mirá, tengo una anécdota que es muy buena, que de grande la analicé. Mi papá me iba a buscar al colegio, yo tendría 6, 7 años y yo tenía la sensación, mira esto es increíble ahora que lo cuento, de que vivía como una especie de película, como que yo era ese protagonista de la película y que todo mi entorno me veía y sabía algo de mí que yo no sabía, a ver, como un reality de... Truman Show, así. Y yo se lo dije a mi papá, ‘yo siento que... me pasa esto, de que la gente sabe cosas de mí que yo no sé, y que me mira, y que ve, está pendiente de lo que yo hago, que todo es como una película’, ‘no te entiendo’, me dice. Pero después analizando, claro, me di cuenta, de que yo en realidad vivía todo una parodia, ¿entendés? Y lo intuía, intuía esa forma de vida, de muy chiquito lo intuí eso. Es muy difícil poner en palabras, por eso para mí era como una película, ese sentimiento tenía”.

Será a los 12 cuando otro niño, durante una pelea, le diga la verdad sobre sus orígenes a Joaquín, algo que sabía toda la familia y todo el barrio, sin embargo él me explica que no le dio importancia hasta que su novia -madre de su hijo Tomás y actual ex esposa- lo motivó a iniciar la búsqueda a los 17 años. Así recuerda ese momento “cuando tenía 12 años me lo habían dicho por el barrio, un chico, ni me pregunte yo, me dice: “¡no, porque vos sos, sí vos sos adoptado!””, viste en una discusión con un pibe, yo me quedé, ni siquiera lo tomé en cuenta, pero me quedó. El pibe me lo dijo en el contexto de una pelea, no me lo dijo “che, Joaquín, tengo que decirte algo”, fue un hijo de puta. Los chicos son muy crueles viste... Yo no lo quise asumir en ese momento, pero después empecé a atar cabos, en los parecidos, yo hacía preguntas, no había parecidos, ‘mamá, no tenés fotos conmigo embarazada, son todas fotos de bebé grande”’.

Durante la entrevista Joaquín expresa que sus padres de crianza consideraban que al darle cosas materiales ya estaban cumpliendo su rol de padres, es decir darle de comer, enviarlo a la escuela, y al mismo tiempo define su rol en esa estructura familiar definiéndose a sí mismo como un electrodoméstico o un perro, como un objeto. “Uno tenía que cubrir las expectativas del hijo perfecto, porque ellos como nunca hicieron el duelo de no tener hijos, el hecho de que

vos vengas eras como una especie de electrodoméstico, o sea, mientras funcionas como ellos quieren está todo bien, pero cuando empezás a tener los problemas que tiene cualquier adolescente, cualquier chico se complica... ellos trajeron un reemplazo a esa necesidad. No solo que te tomaron sino que tenías una obligación, un mandato, o sea tenías que ser el hijo perfecto y no tener problemas, no tener fallas, porque era como comprar el auto... y acá no hay devolución. Yo era como parte del mobiliario... Cuando fui grande y quedé en pelotas, me separé, me cerraron las puertas de mi casa, entonces ¿de qué amor me hablas?, ‘no, pero te quisimos como un hijo’, mentira, mentira, me quisieron como un objeto, como una necesidad, cuando no sirvió desapareció y da lo mismo”.

Mientras iba a la escuela Joaquín recuerda que en su clase una vez surgió como tema la inmigración y la cuestión de la descendencia. Sus recuerdos dan cuenta del disgusto que sintió cuando tuvo que hablar de “sus orígenes”. “Cuando era chico una vez vinieron en la escuela con el tema de los inmigrantes y cuál eran mi descendencia, le pregunté a mis padres “y no, españoles, qué sé yo”. Y después cuando fui para el colegio como que sentía que era todo verso lo que me estaban diciendo... Por ejemplo, mi mamá tiene descendencia francesa por parte de la madre, ¿y yo qué tengo de parecido a un francés? (*se ríe*), no podía decir ‘francés’, era muy evidente que no era así. (...) Y de identidad jamás se hablaba en la escuela, eso no existía en nuestra época para nada, era un tabú total, Abuelas abrió muchísimo, y ya queda, viste, marca”.

En sus reflexiones Joaquín sostiene que lo “trajeron” para sostener un matrimonio que venía “de mal en peor”, porque “necesitaban un hijo para aparentar”, para cumplir “un mandato”. “Era todo parte de armar esa familia, ante los demás, porque básicamente es eso, porque ni siquiera era una necesidad de ellos propia, no, porque realmente ellos ya venían mal, entonces era todo ante los demás, era para no ser menos que el otro, una locura total. (...) Lo único que querían era no quedar mal con el resto de la sociedad y cumplir el mandato social. Sobre los mandatos de aquella época y el lugar que ocupaban los niños en la familia él recuerda que “en aquella época no había mucha comunicación tampoco, era de las familias que hablan los mayores y los chicos se van, las cosas que dicen son boludeces, lo que digo yo es así”.

Joaquín transcurrió parte de su infancia durante la dictadura y es un hecho que incorpora en sus recuerdos sobre su infancia. “Si hubiera sido chico en estos tiempos las cosas hubieran sido distintas, porque existe mayor información, no existe tanto ese miedo que nos ponían de ir en contra de las normas, no te olvides que yo me crié en un sistema totalitario, o sea no podías ir en contra de la norma. A mí me ha pasado de tener 4 años y que delante de mí se

lleven a un tipo y yo con 4, 5 años de la mano de mi mamá diciéndole ‘se están llevando al señor’ y toda la fila en la estación Lanús mirando para adelante y mi mamá diciéndome ‘calláte la boca y mira para adelante’ y viendo el tipo pidiendo ayuda y que lo suban al Falcon y que se lo lleven, ¿entendés? Entonces era esa cosa de que vos no podías levantarte contra la institución, policía, padres, maestros, no, era así, la autoridad”

Joaquín manifiesta en reiteradas ocasiones que a él lo pusieron en esa familia sin preguntarle, haciendo una diferencia con las familias biológicas que “te tocan”. De este modo lo relataba: “el hecho de esta apropiación no solo es el hecho de que te hayan tomado tu identidad, robado tu identidad, que es sumamente grave, que ni siquiera pensaron en donde caías, mi caso, yo he recibido palizas, un ambiente pero de lo mas tóxico para un pibe. Viste cuando hablan, ‘no porque las reglas de adopción son muy estrictas’, y yo en el fondo con lo que a mí me pasó, digo, yo creo que deberían ser así. No todo el mundo está preparado para ser padre, acá no es cuestión que yo quiero ser padre y soy padre, creo que en el fondo, mucha gente te dice ‘pero hay un montón de casos de familiares de sangre que son peores’, está bien, pero ahí nadie eligió nada, fue una cuestión biológica, a mí me eligieron, me fueron a buscar, no pedí ir, me tiraron ahí, no fueron dos loquitos que tuvieron un pibe, no, había un médico, una jueza de paz, una familia que quería, que sabían cómo era la familia”.

Un hecho interesante en la historia de Joaquín refiere a su hijo Tomás que actualmente tiene 20 años “mi hijo sale con mi sobrina, el abuelo de ella era primo de mi papá, para mí el primo de mi papá, pero era mi tío. Y la nieta es la novia de mi hijo. Yo le aclaré a mi hijo ‘acá no hay sangre, acá si vos tenés ese sentimiento dale para adelante’. Tomás es el monumento destructivo de la hipocresía de toda esa familia, ¿entendés?”. Cuando se refiere a Tomás, Joaquín aclara que para él es un “medio afectado” ya que no tiene información sobre sus orígenes del lado paterno.

En la actualidad Joaquín continúa indagando a algunos de sus familiares de crianza en pos de obtener algún dato más sobre su nacimiento. Recientemente su madre, -con quien mantiene una muy difícil relación- en el contexto de una mediación judicial por la sucesión de los bienes familiares le dijo “negro villero, yo sé de donde venís”, y afirmó que él era adoptado y que por eso no le correspondía nada. Joaquín, y otros adultos adoptados manifiestan lo difícil de sus realidades, puesto que creen que si hacen una denuncia penal –por la falsa inscripción- podrían perder los derechos sobre los bienes heredados. Esto le decía un abogado en una consulta que realizó “tenemos que arrancar con una denuncia penal contra el médico y contra tu familia, y mientras tanto vas a ser un NN hasta que aparezca tu familia”. Así resumía lo

complejo de esta situación Mariela, otra adulta adoptada que entrevisté: “encima de que te cagaron la vida porque te mintieron, te compraron, si hacés algo te quedas en bolas, en la calle”.

### **Mandatos, deseos y ficciones**

Los casos de adultos adoptados que hoy tienen, entre 40 y 50 años como Eliana y Joaquín, son una vía para conocer cómo fueron vividas sus infancias transcurridas durante los años 60 y 70, que tal como ellos afirman estuvieron marcadas por el silencio, el secreto y el ocultamiento del status adoptivo.

Explorar los sentidos sobre familia, parentesco y maternidad en la época en que estas infancias tuvieron lugar resulta una invitación a revisar algunos análisis sugerentes sobre este período. Isabella Cosse (2010) explora los cambios producidos en la pareja, la sexualidad y la familia en Buenos Aires, y sostiene que su análisis “permite pensar los años sesenta como escenario de una revolución discreta, porque la doble moral sexual fue conmovida y se legitimaron nuevos patrones de conducta respecto de la sexualidad, pero se mantuvieron los vectores del paradigma sexual doméstico establecidos por las desigualdades de género y la estabilidad de las uniones heterosexuales” (2010:88).

Las transformaciones ocurridas en los 60 implicaron cambios en la organización familiar y una crítica sobre los roles de los hombres y las mujeres, “el cuestionamiento moderado y contradictorio al modelo de la domesticidad, la propagación de la píldora anticonceptiva, la divulgación del psicoanálisis, junto con el impacto de las transformaciones científico-tecnológicas en la vida social y un clima de ruptura de las tradiciones fueron procesos que alteraron la fisonomía de las familias y los valores asociados a ellas” (Villalta 2010: 2).

Los años 60 y 70 fueron un período en donde se cuestionó que era lo correcto, esperable y normal respecto de las relaciones familiares (Cosse, 2010). En esta dirección y respecto a los significados prevalecientes en torno a la adopción en aquel momento Villalta destaca que en esos momentos las críticas a la ley de adopción vigente (ley 13.252<sup>5</sup> del año 1948), giraban en torno a su inadecuación a los deseos de los adoptantes. Y así se sostenía que era necesario que

---

<sup>5</sup> Era vista como poco flexible por tener requisitos tales como tener 8 años de matrimonio o cuarenta años de edad y tener al niño dos años en guarda, entre otros, y además solo admitía la figura de adopción simple (Villalta 2010).

la normativa se aggiornara a la nueva realidad, “el tópico utilizado (...) era que la adopción “debía imitar a la naturaleza”, en la medida en que los futuros adoptantes querían que el hijo adoptivo fuese como un “hijo biológico”” (Villalta 2010:3). Frente a la adopción simple, figura jurídica de la ley vigente, se propuso la adopción plena que sustituye la filiación biológica “se eliminaba toda relación con la familia de sangre y el niño era incorporado definitivamente a su familia adoptiva, ya que la adopción era considerada “exclusiva, definitiva e irrevocable” (Villalta 2010:21).

Como señalé, los casos analizados aquí son en su mayoría de falsas inscripciones, en aquel momento llamadas anotaciones directas en la libreta y consideradas como otra forma de adopción. Para estos padres que no pasaban por el trámite legal de la adopción también pesaba el imperativo de hacer que el hijo adoptivo fuera como si fuese biológico, un “hijo completo” (Villalta 2010). Este imperativo es un elemento imprescindible para comprender cómo y por qué las familias de estos adultos adoptados guardaron el secreto sobre la relación no biológica, tal como lo expresan Eliana y Joaquín “todos sabían perfectamente que yo era adoptado y todo, había un pacto de silencio general”, o como recuerda Eliana sobre su situación y la de sus primos “no se hablaba en la familia, ninguno sabía nada”.

Como indica Cosse, si bien las transformaciones de este período cuestionaron para siempre la idea de la familia conyugal, el matrimonio y la maternidad como hechos de realización personal no fueron cuestionados, “a comienzos de los sesenta, al igual que antes, seguía dominando un consenso que colocaba a la maternidad en el centro de la condición femenina” (Cosse, 2010:176). Un período en donde ser mujer –moderna- suponía congeniar el “deber” maternal con las conquistas en el espacio extradoméstico-profesional.

La pediatría y la psicología fueron los discursos expertos que dieron forma a las transformaciones de los modelos de maternidad y paternidad y a las nuevas formas de concebir la crianza de los hijos. Sin embargo, la maternidad siguió concibiéndose como el hito que configura y le da sentido a la identidad femenina. El de la maternidad fue un mandato no cuestionado, ello se hace visible en estos relatos de infancia de adultos adoptados en donde sus madres hicieron “cualquier cosa” para cumplir con ese mandato. Joaquín me contaba de la insistencia de su madre por tener un hijo, sobre todo al ver que amigas, vecinas y parientes tenían hijos mientras ella seguía sin poder tenerlos.

La naturalización del vínculo materno y la maternalización de las mujeres, como señaló Marcela Nari (2004), es resultado de un largo y complejo proceso que se potencia a inicios del siglo XX, y que al mismo tiempo se vincula con un proceso que “sacralizó” el bienestar de la

infancia. Estos procesos han diseminado mediante prácticas y discursos una imagen de la maternidad anclada en un potente y complejo imaginario que produce y resulta del género (Palomar Vereza y Garay, 2007). Este *modelo de moralidad materna* implicó la dispersión de mensajes coercitivos y prescriptivos sobre cuál era el modo “correcto” de criar a los niños<sup>6</sup> (Colangelo, 2006), es decir cómo ser una “buena” madre, pero ante todo se debía “ser madre”. Así, la familia debía ser “normal” “natural”, “deseable” y “correcta” (Nari, 2004: 63). Este imperativo moral, tal como he escuchado en varias ocasiones de mi trabajo de campo en la ONG, ha llevado a que algunas mujeres ficcionalizaran sus embarazos, en ocasiones, haciendo uso de almohadones que imitaban el estado de gravidez hasta que los niños llegaban a los hogares, y en ocasiones esta ficcionalización se acompañaba de viajes durante una etapa de la gestación del niño/a. Así me lo explicaban los integrantes de la ONG en una de las reuniones semanales:

“Esto se ve mucho en las historias, las mamás que se ponían los almohadones para fingir los embarazos, se repite mucho eso, de gente que se entera viste a medida que va averiguando que la madre había hecho eso... y pasa muchísimo”. (Entrevista informal con integrantes de la Asociación. Nota de campo, 16 de abril de 2011)

En esta dirección, algo similar me explicaba otra adulta adoptada –Mariela- con quien mantuve una entrevista:

“Mi vieja fingió el embarazo, por eso te digo que es muy patológico, ella me dijo que se ponía algodón... Tengo fotos de ella con la panza, es muy... terrible. Engañó a toda la familia, engañó a su propia madre, engañó a la empresa donde trabajaba, una empresa del Estado, el médico sabía. A mí me compran. Fue tremendo lo que hizo. Y se internó! Cuando la salta la verdad, la familia de parte de mi viejo, me dicen ‘vos estás loca y tu madre también, se volvieron locas, ¿qué te pasa?, si yo fui a la clínica a verte y la vi a tu mama con la panza’. No me creían, tardaron un tiempo hasta que cayeron y con el ADN ya no hubo dudas” (Entrevista a Mariela 14 de enero de 2015).

El noviazgo, el matrimonio y la pronta llegada de los hijos era una secuencia difícil de esquivar en la vida de los hombres y mujeres por aquellos años. Estar casado pero sin tener hijos luego de un largo período era visualizado como anómalo y/o sospechoso. Con contradicciones, el modelo de la domesticidad fue cuestionado (Cosse 2010), pero la familia conyugal y heterosexual continuó siendo un mandato. En el relato Joaquín queda en evidencia la presión que sentían sus padres por cumplir el mandato de formar la familia “lo único que

---

<sup>6</sup> A partir de su investigación sobre la construcción médica del cuerpo infantil y los discursos y prácticas de la puericultura, Adelaida Colangelo sostiene que “la definición de una crianza “correcta” que surge de los textos de puericultura implica la definición de formas socialmente adecuadas de cuidar a un niño, ligadas a la idea de normalidad y, por contraste, aquellas que no lo son” (2006:11).

querían era no quedar mal con el resto de la sociedad y cumplir el mandato social”. Sobre este punto también resultan elocuentes algunas notas de campo tomadas en las reuniones de la ONG:

“Antes a las personas que recién se casaban al año ya le estaban diciendo ‘para cuándo’, que la mujer se realizaba en la vida si tenía un hijo” (Nota de campo, 28 de mayo de 2011)

“Los abuelos/as inmigrantes, sobre todo italianos y españoles insistían en eso de ‘todavía no tuvieron, para cuándo el nene’, estaba muy mal visto no tener hijos, hoy en día es diferente” (Conversación entre integrantes de la Asociación durante una consulta. Nota de campo, 16 de abril de 2011).

Si bien los adultos adoptados reflexionan sobre la existencia de este mandato de género y la consecuente obligación de conformar una familia nuclear, conyugal, biológica, sus memoraciones develan que en aquel momento anotar a un hijo ajeno como propio no se cuestionaba, aun cuando se ocultara celosamente. Tal como lo recuerda Eliana cuando sostiene que sus padres no se cuestionaron el hecho de haberla inscripto como hija propia, porque “todo el mundo lo hacía”, “Yo pienso que mis viejos no se lo preguntaron demasiado, no se lo plantearon mucho, era lo que se hacía, se ocultaba y chau”.

La suposición de que inscribir a un hijo ajeno como propio “era lo correcto” “lo que se hacía” o “que estaba bien” se basa valoraciones propias de una época –años 60 y 70- en donde el carácter ilegítimo de la falsa inscripción se relativizaba, considerándola un “acto de generosidad” que ponderaba el “contenido humano que las inspiraba” (Villalta 2010: 17). Cuando Eliana habla de su falsa inscripción también hace referencia a “las herramientas” que tuvieron sus padres y las características del “momento histórico”. Los integrantes de la ONG también reflexionan sobre esto:

“Era otra época, se entendía como un acto de amor [anotar como propio a un hijo], era otra forma de pensar, otra imagen para dar a la sociedad, antes no se podía no tener hijos, la mujer si no tenía hijos era imposible, ahora es diferente, eran otros mandatos” (Nota de campo, 11 de diciembre de 2010).

“Mis viejos pensaban que estaba bien lo que estaban haciendo, la gente pensaba eso en esa época. Antes era así, había cosas que no se hacían de mala fe, que se pensaba que era lo correcto” (Entrevista informal a integrante de la Asociación. Nota de campo, 14 de agosto de 2010)

Los relatos de infancia de adultos adoptados evidencian que la forma en que sus padres administraron la cuestión de orígenes fue a través del silencio y el ocultamiento, en pos de “parecer” familias biológicas, y también en pos de “preservar” al niño de posibles

estigmatizaciones y discriminaciones o simplemente “porque era lo que se hacía y no se cuestionaba”.

### **¿A quién me parezco?**

En las memoraciones que estas personas hacen sobre su infancia la duda sobre los orígenes aparece como un espiral, obtenían alguna respuesta -como dicen- tranquilizadora, y luego de un tiempo reaparecía la duda. Existe un elemento recurrente en la configuración de la duda para estas personas: la ausencia de parecido físico con sus padres. En las semejanzas, sostienen Joan Bestard y Diana Marre, “se construyen conexiones y reconocimientos entre personas. Es una forma de pensar la continuidad entre cuerpos” (2004:304)<sup>7</sup>.

Como se pudo apreciar, los relatos de infancia Eliana y Joaquín dejan en claro que el parecido físico con sus padres ha sido un ítem central sobre el cual se cimentaron las sospechas sobre la relación biológica con ellos. Las respuestas que obtenían de parte de sus padres de crianza eran de dos tipos, aducir a la “locura” de la pregunta, “¿cómo se te ocurre?” “¿¡estás loco?!” “¿quién te metió eso en la cabeza?”; o bien referir al parecido físico con parientes generalmente ya fallecidos, abuelos, tíos, tal es el caso del abuelo boxeador de Eliana.

Sofía, una mujer adoptada que nació en 1972 y que entrevisté en 2012, me contaba que -con motivo de sus ojos rasgados- a los 6 años le decían “Chinita” y que la incomodaba mucho cuando en la escuela le preguntaban: “¿tus papás son chinos?”, “yo decía que no, entonces era como medio obvio, ¿no?”. Aldana, integrante de la ONG, también me contaba que las diferencias físicas con sus padres ponían en evidencia que no era hija biológica “siempre supe que era adoptada por una cuestión de que era muy diferente a mis padres de crianza, entonces era como bastante obvio darse cuenta que yo no era hija biológica de ellos, más también dándome cuenta que los demás parientes que yo tenía a mi alrededor, que no eran muchos, pero que tampoco se parecían a mí... todos rubios, piel clara, yo morocha, nada que ver”.

Diana Marre (2009) analiza las significaciones que asume la diferencia física en las adopciones transnacionales en España. En un pasaje señala cómo una madre adoptiva de dos

---

<sup>7</sup> Ambos autores afirman que el parecido con los miembros de la familia es un elemento importante en la constitución de la identidad individual. Freud (1920) sostiene que en el proceso de identificación se genera el primer enlace afectivo, la identificación aspira a conformar el propio yo análogamente al otro tomado como modelo. Sin embargo, apuntan los autores, este parecido no es exclusivamente biológico, es al mismo tiempo físico y moral (*cfr.* Bestard y Marre, 2004:301).



adolescentes nacidas en Asia le indicaba a una de ellas que su apariencia era un “problema” porque podían confundirla con un inmigrante. También indica que “algunos padres adoptivos han informado sobre actitudes discriminatorias hacia sus hijos adolescentes de parte de la policía porque su aspecto latinoamericano aumenta la sospecha de que pertenezcan a pandillas de inmigrantes ilegales” (Marre, 2009:239, traducción propia). Su análisis pone de manifiesto las tensiones que provoca el “no parecerse” en nuestra sociedad, ello así, porque la fisonomía comporta un elemento central en la constitución de la identidad de las personas, otorgando un sentido de pertenencia y reconocimiento. De este modo, no contar con semejanzas con los miembros de la familia o –como indica Marre- con los miembros de la comunidad puede tornarse motivo de conflicto.

Ahora bien, las características físicas resultan un elemento importante para personas como Aldana y Sofía, porque ser alta, gorda, china no solo redundaba en incomodarse por verse distintos a su familia, o que en la escuela les hicieran lo que hoy se denomina “bullying”, como me decía Eliana, sino que alimentaban las dudas e incertidumbres en estos niños.

En nuestra sociedad la valorización del parecido físico se liga a la preeminencia que tiene el modelo biológico de procreación sexuada. De hecho, al respecto, antropólogos clásicos como Malinowski han realizado sugestivas reflexiones al analizar los sentidos que por ejemplo los trobriandeses otorgan a estas cuestiones. En *La vida sexual de los salvajes* (1975) menciona que los hombres trobriandeses se ofendían mucho si se les sugería que su hijo era parecido a su madre, “la sola mención de un parecido de este género es un insulto para el que la recibe”, el dogma social señala que “todo hijo se parece a su padre, la existencia de este parecido es aceptada y afirmada siempre” (Malinowski, 1975:177). El niño tiene que ser parecido a su padre, pero no “debe” ser parecido por compartir su dotación genética -recordemos que los trobriandeses no construyen la paternidad sociológica en base a la paternidad biológica- sino que el parecido de un hijo con su padre está dado por la cercanía, por la alimentación y por el hecho de que el padre duerma con la madre. “El parecido físico constituye, en efecto, un vínculo emocional muy fuerte, cuya fuerza no se encuentra disminuida en absoluto por el hecho de atribuirse, no a una causa fisiológica, sino a una causa sociológica, a la asociación constante que existe entre el marido y la esposa” (Malinowski, 1975:178).

Recordemos que nuestro modelo de parentesco euroamericano (Schneider, 1994) se rige por la valorización del principio de la procreación sexuada y de la relación biogenética, de modo que lo normal y esperable es el parecido físico entre padres e hijos. Se comparte la sangre y de ello se deriva el compartir un conjunto de rasgos físicos que otorgan el sentido de pertenencia

“al grupo”, es decir a la familia. De este modo, que determinados rasgos físicos no sean coincidentes entre padres e hijos –color de piel, altura, forma de los ojos- atenta contra la “naturalidad” del parentesco propia del paradigma occidental. Estos niños que creían que eran hijos biológicos de sus padres no comprendían porque no se veían parecidos a ellos e inclusive porque eran “tan distintos”. Para ellos el no parecido físico fue prueba, dato y elemento para cimentar las bases de la duda y posteriormente construir la pregunta sobre sus orígenes, y ello así porque “ser parecido” se vuelve un mandato en la forma en que comprendemos el parentesco y las relaciones familiares en nuestra sociedad, a través de una mirada biologicista.

La impronta que tiene la cuestión de los parecidos físicos se observa también en otro pasaje del relato de Eliana, cuando “sueña” con el encuentro con su madre biológica porque “esto de no tener el espejo donde vos te ves parecido a alguien es muy fuerte... Me gustaría verla y saber, encontrarme parecida”, y también cuenta cómo la emociona ver que un niño se parece a sus padres. Joaquín me decía algo similar cuando lo entrevisté “existe una gran ignorancia en todo esto, a veces te dicen ‘¿y para que querés buscar?’, creen que lo más básico que es mirarte en un espejo y saber que te pareces a tu papá o te pareces a tu mamá, eh, que vos no lo tengas no lo consideran importante... no le ven la importancia”.

La maternidad y paternidad de los adultos adoptados se configura como una instancia en donde pueden comprender de que se trata “parecerse a alguien”. Joaquín y Eliana señalan que sus hijos les han permitido “verse reflejados”. Sobre este punto también reflexiona Sofía que no puede tener hijos: “Yo misma a esta altura si quisiera tener un hijo no puedo tenerlo con mis óvulos, puedo tener un hijo de otra persona en mi útero, pero no alguien que se parezca a mí, encima esa paradoja, ¿no? Viste que hay muchos que dicen, ‘yo cumplí esto de verme parecida en alguien al tener mi hijo’. Bueno, yo sé que las chances son nulas. Una cagada, siendo tan joven, una parte de mi cuerpo se muere” (Entrevista con Sofía, 21 de marzo de 2012).

En suma, el hecho de que estos adultos adoptados dudaran a partir de la falta de parecido físico da cuenta del carácter biologicista que constituye las relaciones de parentesco en nuestra sociedad, -a diferencia de otras, tal como lo demostró Malinowski- y, consecuentemente, expone una ruptura en las formas de filiación esperable, que estos padres de crianza se empeñaban en suturar afirmando, por ejemplo, parecidos con otros parientes.

## Niños objeto, adultos activistas

De la mano del imperativo moral de tener que formar una familia “biológica”, los relatos de infancia de adultos adoptados develan otro imperativo que se desprende de aquel, el mandato de ser hijos “como si fueran biológicos”, ser el hijo “completo”, el hijo “perfecto”, en palabras de Joaquín: “no se podían tener fallas (...) había que cumplir con las expectativas del hijo perfecto”. Eliana y otros adultos adoptados coinciden en esta apreciación, al tiempo que se colocan en el lugar de “objetos”, como me relató Joaquín in extenso en su entrevista cuando decía que él era como un electrodoméstico o un auto, “yo era como parte del mobiliario... Cuando fui grande y quedé en pelotas, me separé, me cerraron las puertas de mi casa, entonces ¿de qué amor me hablas?, ‘no, te quisimos como un hijo’, mentira, mentira, me quisieron como un objeto, como una necesidad, cuando no sirvió desapareció y da lo mismo”. De un modo similar reflexionaba Aldana: “no sé qué estaba buscando mi madre al ser madre, no sé si estaba buscando ser madre, o solamente quería ser poseedora de un objeto”.

Acerca de esta sensación de sentirse propiedad de sus padres, resultan sugestivas las palabras que la madre de crianza le dijo a Eliana mientras leía el resultado del –falso- ADN y se desmoronaban casi cuarenta años de ocultamiento: “no, pero vos sos mía, sos mía, porque eras tan chiquitita”.

El sentirse como objetos refiere al hecho de haber sido engañados, vendidos y comprados, una serie de acciones en donde padres de crianza, médicos, parteras y funcionarios del registro civil son responsables, tal como me decía una adoptada de algo más de 40 años “fuimos objetos para nuestros padres, para todos, a mí compraron ¿entendés?, como un peluche, y seguimos siendo porque el Estado no da herramientas para poder buscar”.

La mentira proferida por los padres de crianza deja en claro el poder<sup>8</sup> que estos ejercían sobre esos niños, sabían algo de ellos que ocultaban, un poder que -en algunos casos- siguen ejerciendo hasta hoy porque se niegan a darles datos sobre sus nacimientos.

El reconocimiento que estos adultos adoptados tienen de sí mismos en su infancia en tanto objetos resulta sugestivo puesto que, como dije, en la mayoría de los casos que analizo en mi investigación han sido anotaciones como hijos propios. Estas inscripciones falsas en muchas

---

<sup>8</sup> Desde la psicología, por ejemplo, se ha planteado que “saber cosas de una persona querida que ella misma desconoce es tener un poder sobre ella que puede acabar por convertirse en un obstáculo importante para la relación. Sobre todo para una relación tan íntima como es la que se establece entre padres e hijos o entre hermanos y hermanas”. (Ripol, 1997). Revista Infancia y Adopción. Editado por ADDIA. Barcelona, Marzo 1997.

ocasiones fueron acompañadas de una suma de dinero para “conseguir” al niño o niña. Para quienes fueron comprados al nacer, el dinero (Simmel, 1976) es percibido en tanto elemento disruptivo e impuro puesto que, mirado desde su condición de adultos, les resulta *intolerable* haber sido tratados como objetos de valor económico, es decir haber tenido un precio, en una sociedad en donde “los niños no tienen precio” (Zelizer, 1992). Esta representación sobre el valor de los niños debe comprenderse a la luz del –ya mencionado- proceso cultural de sacralización y sentimentalización de la infancia, por el cual los niños dejaron de ser considerados “objetos de utilidad” para convertirse en “objetos de sentimientos”. De este modo, comprar un niño para “formar” una familia resulta disonante en la medida que el dinero es un elemento “impuro” (Villalta, 2011:108) en el terreno de lo familiar, entendido este último como “un universo social aparte (...) sagrado, secreto, de puertas cerradas sobre su intimidad, separado del exterior (...) donde están suspendidas las leyes ordinarias del mundo económico, la familia es el lugar de la confianza, del don –por oposición al mercado-” (Bourdieu, 1998:58).

En estos relatos de infancia también es posible observar cómo estos adultos realizan una comparación entre la administración de la “cuestión de los orígenes” en sus infancias durante los años 70 y las infancias en la actualidad. Eliana expresa que “no es como ahora, antes si había chicos adoptados estaban todos en las mismas condiciones y nadie sabía nada, la realidad es así, después con los años se empezó a hacer más visible, esto de decirle la verdad (...) hoy la cuestión de la adopción, de la identidad está en la escuela, en los niños, pero antes no! antes no estaba, por lo menos en mi infancia no estuvo”. O como recuerda Joaquín “de identidad jamás se hablaba en la escuela, eso no existía en nuestra época para nada, era un tabú total, Abuelas abrió muchísimo, y ya queda, viste, marca (...). Si hubiera sido chico en estos tiempos las cosas hubieran sido distintas, porque existe mayor información”. En estos señalamientos –presentes en todas las entrevistas que realicé con adultos adoptados- aparece el trabajo de Abuelas de Plaza de Mayo como una bisagra en lo que respecta a la identidad y la cuestión de los orígenes en nuestro país. Por ello todos coinciden en que si hubieran sido niños en la actualidad “las cosas hubieran sido distintas”, “no se puede ocultar tan fácilmente, el tema está instalado”. Asimismo, el discurso de Abuelas los interpeló e hizo que muchos de ellos comenzaran la búsqueda sobre sus orígenes.

Ahora bien, otro elemento para comprender estos relatos refiere a que estas infancias tuvieron lugar durante el terrorismo de Estado. “Yo me crié en un sistema totalitario, o sea no podías ir en contra de la norma” sentencia Joaquín al tiempo que recuerda cómo se sintió cuando

secuestraban a un hombre en la estación de Lanús y quería “hacer algo” mientras su madre le decía “calláte la boca y mira para adelante”. Si bien ninguna de estas personas fueron “víctimas directas”, sus infancias transcurrieron en un país en donde el silenciamiento, la diseminación del horror y el disponer de los cuerpos y vidas de otros era moneda corriente. Y como es sabido, en ese contexto se apropiaron alrededor de 500 niños y niñas hijos de detenidos desaparecidos. Valeria Llobet, trabajando con narrativas personales de adultos sobre sus infancias durante la dictadura señala que en sus recuerdos “es posible rastrear las continuidades entre la organización autoritaria de la vida social y la organización familiar y la división intergeneracional” (2014:4). Justamente de esas continuidades nos habla el relato de Joaquín y también el de su madre condensado en la expresión “calláte, y mirá para adelante”. En sus relatos queda en evidencia que el clima de época inunda las rememoraciones que estos adultos hacen sobre su infancia.

Una última cuestión que quisiera abordar tiene que ver con la forma en que estos adultos evocan su infancia. Ellos leen e interpretan los hechos del pasado con el lenguaje de los derechos, ellos fueron “objetos” y “ahora los niños son sujetos de derechos”. Si bien miran e interpretan su infancia sin desconocer los paradigmas de “aquella época” subrayan que “hoy las cosas cambiaron”, y hacen uso de la retórica de los derechos para hablar de pasado y del presente. Hacia finales de los años 70 y “con énfasis desde la década del 90, asistimos al surgimiento del Paradigma de la Protección Integral y su correlato en un discurso de los Derechos de niños y niñas y en prácticas institucionales por él amparadas. Ambos proveyeron de un marco ético-crítico para reflexionar sobre las relaciones entre el mundo adulto y el mundo infantil, expresadas en praxis públicas y prácticas privadas” (Llobet 2006:1). Estos adultos sumamente reflexivos, que se han involucrado desde hace varios años en la búsqueda de los orígenes, interpretan sus infancias integrando estos paradigmas, especialmente apelando al derecho a la identidad (contenidos en los art. 7, 8 y 11 de la Convención Internacional de los Derechos del Niño). Los adultos adoptados, que fueron niños objeto de secretos y mentiras, son hoy activistas que reclaman por el acceso a la verdad sobre los orígenes de nacimiento. El ejercicio de recordar y construir una narración sobre sus infancias implica seleccionar, organizar y utilizar los recuerdos de manera que logren transmitir lo que padecieron por no saber. En referencia a este punto Todorov afirma que: “puesto que la memoria es selección, ha tenido que escoger entre todas las informaciones recibidas, a nombre de ciertos criterios; y estos criterios, hayan sido o no conscientes, servirán también, según toda verosimilitud, a orientar la utilización que nos haremos del pasado” (2000).

En suma, en la construcción de la demanda de estos adultos activistas éstos hacen uso la de retórica de los derechos y utilizan su pasado infantil para construir sus testimonios que son un insumo vital para estructurar la demanda, en tanto elemento probatorio de las consecuencias que tiene ocultar la “verdad” sobre los orígenes.

### **Consideraciones finales**

En esta instancia, quisiera subrayar la impronta que tanto para los adultos adoptados activistas como para sus padres de crianza, tienen los mandatos y expectativas que devienen de nuestro modelo de parentesco euroamericano. De formas que parecieran ser opuestas, ambos cargan con el peso del imperativo biologicista de este modelo; aquellos padres deseosos de tener un hijo “completo”, “como si fuera biológico”; y también los adultos adoptados que reclaman encontrar sus “orígenes biológicos”, necesidad que se deriva de la importancia que tiene la identidad personal en nuestro modelo de parentesco<sup>9</sup>. Como señala Claudia Fonseca “en el sistema euroamericano, debido a la centralidad dada al momento del coito, cualquier información relativa a la concepción provoca una perturbación inmediata en las relaciones y en la identidad de los individuos” (2004: 29 y 30). La información sobre la concepción es interpretada como constitutiva de la “identidad personal”, de modo que no contar con ella puede comportar un “vacío”, tal como expresan estas personas.

Lo cierto es que las trayectorias de vida de estos adultos adoptados demuestran que no ha sido nada fácil lidiar con el secreto y la mentira de sus familias de crianza. Durante una entrevista, una adulta adoptada me dijo: “es como el tema de Divididos, ¿viste? ‘Cuando la mentira es la verdad’”. Esta expresión transmite con claridad lo que sienten hoy estos adultos adoptados rememorando sus infancias, porque en aquellos días la mentira fue la verdad. Y creyeron, porque como muchos de ellos dicen, los niños suelen creer en lo que sus padres les dicen, “a vos cuando te dicen algo, que sos chico, es así, te lo crees, no te lo cuestionas, te lo crees” me decía Eliana. Sin embargo, estos relatos de infancia, permiten vislumbrar la capacidad de agencia (Bourdieu, 2007) de aquellos niños –hoy adultos que buscan su identidad-, en la

---

<sup>9</sup> “En un contexto cultural tan proclive a privilegiar las relaciones leídas en clave biológica como la occidental, comporta en no pocas ocasiones la sensación de que los individuos adoptados “desconocen” sus raíces, y con ello, una parte sustancial de su propia identidad. Esta sensación de pérdida se acentúa con los discursos medicalizados de la vida social, que consideran el historial médico familiar una parte inextricable de la “identidad genética” del individuo” (Grau Rebollo, 2006:165 y 166).

medida en que revelan cómo durante su infancia, en diversas ocasiones y de distintas formas, interpelaron a sus padres de crianza en pos de obtener información sobre sus orígenes biológicos.

Asimismo, también revelan la transformación de los sentidos relativos a la adopción, la identidad y la cuestión de los orígenes que hizo posible que en la actualidad resulte cuestionable ocultar a los niños sus orígenes biológicos, en parte, por la singular impronta que, debido fundamentalmente al activismo desplegado por Abuelas de Plaza de Mayo, ha adquirido en nuestro país el derecho a la identidad. En estrecha relación con este punto, vale mencionar que estas narrativas de adultos adoptados también nos permiten confirmar lo que varios autores ya han señalado sobre la niñez en tanto “categoría socialmente construida que expresa los intereses de un determinado momento histórico y, como tal, guía políticas sociales y las prácticas concretas de los actores sociales” (Colángelo 2005:8). En este sentido, aquella niñez de Eliana, Joaquín, Aldana, Sofía y Mariela no es la misma que la pueden experimentar los niños adoptados hoy en día, en la medida en que –como señalé más arriba- los sentidos sobre la infancia, la adopción, la identidad y los orígenes fueron modificándose desde los años 60 y 70 hasta la actualidad.

## **Bibliografía**

Bestard, J. y Marre, D. (2004). El cuerpo familiar: personas, cuerpos y semejanzas. (pp. 293-312). En: *La adopción y el acogimiento. Presente y perspectivas*. Bestard, J. y Marre, D. (Comps.). Barcelona: Universitat de Barcelona.

Bourdieu, P. (2007) *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI

Bourdieu, P. (1998). Espíritu de familia. En *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento* (pp.57-64). Neufeld, M. R; Grimberg, M; Tiscornia, S y Wallace, S. (comp). Buenos Aires: Eudeba.

Bourdieu, P (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama

Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Colangelo, M. A. (2006). La crianza en disputa. Un análisis del saber médico sobre el cuidado infantil . III Congreso Argentino de Antropología Social. Salta.

Colangelo, M. A. (2005). La mirada antropológica sobre la infancia. Reflexiones y perspectivas de abordaje. Serie encuentros y seminarios. Mesa «Infancias y juventudes. Pedagogía y formación»

Fonseca, C. (2004). A certeza que pariu a dúvida: Paternidad e DNA. Revista *Estudos Feministas*. Florianopolis.12, 3-34.

Grau Rebollo, V (2006). *Procreación, género e identidad. Debates actuales sobre el parentesco y la familia en clave transcultural*. Barcelona: Bellaterra.

Llobet, V. (2006). ¿Retratos de niño? Políticas sociales y Derechos de Niñas/os en situación de calle. En: Carli, Sandra: La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping. Buenos Aires: Paidós.

Llobet, V. (2014). “Acá no pasó nada”. Infancia y dictadura en un pueblo de provincias. Reunión Posdoctoral del Posdoctorado en Infancias y Juventudes, San Pablo, Octubre 2014.

Malinowski, B. (1975). La procreación y el embarazo según las creencias y costumbres indígenas. En: *La vida sexual de los salvajes del Noroeste de la Melanesia*. Madrid: Ediciones Morata.

Marre, D. (2009). We do not have immigrant children at this school, we just have children adopted from abroad. Flexible understanding of children´s “origins” en *International adoption. Global inequalities and the circulation of children*. Ed. Diana Marre y Laura Briggs. New York University Press.

Nari, M. (2004). *Las políticas de la maternidad y maternalismo político, Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires: Biblos.



Palomar Vereza, C. y Suárez de Garay, M. E. (2007). Los entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas. *Estudios Sociológicos*. 25, 309-340.

Schneider, D. (1984). *A Critique of the Study of Kinship*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

Simmel, G. (1976). *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios políticos

Todorov, T. (2000). *Los Abusos de la Memoria*, Editorial Piados, Barcelona.

Villalta, C. (2010). Imitar a la naturaleza. La adopción de niños en los años '60: entre ficciones legales y prácticas consuetudinarias (pp. 89-129). En: Cosse, Isabella, Felitti, Karina y Manzano, Valeria (comps.) *Los 60' de otra manera: vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

Villata, C. (2011). Entregas, adopciones y dilemas en el campo de los organismos destinados a la infancia. *Revista de Estudios Feministas*. 19, 103-123.

Zelizer, V. (1992). *Pricing the Priceless Child. The Changing Social value of Children*. Princeton: Princeton University Press.